



# LOS CUENTOS DEL REPERTORIO

## Amor redivivo

POR LUIS TABLANCA

EN el salón discretamente iluminado por la luz de la tarde invernal reinaba un profundo silencio. Todavía caían de los aleros gotas cristalinas como lágrimas, pero había cesado de llover, y aunque hacia el norte las nubes plomizas formaban pesado cortinaje, en el poniente el cielo se había despejado y entre anaranjados resplandores el sol hundía su disco rojo y enorme. Las plantas del jardín mostraban en sus hojas mojadas una ilusoria pedrería de granates.

En el salón había una mujer. Había escrito de corrido largas páginas en un libro de apuntes íntimos y apoyada la frente en la mano pálida releía los últimos renglones. Eran una de esas confesiones que el corazón confía a una hoja de papel cuando no encuentra entre los seres que la rodean un confidente más mudo y más discreto; y el papel es a veces un amigo que traiciona. Releyó una, dos veces, lentamente y queriendo agregar todavía una palabra esquiva por el momento, que huía como la mariposa que un niño persigue en vano por aprisionarla, dejó el libro abierto y con la pluma entre los dedos fué a apoyarse de codos en la ventana. La luz rosa del atardecer coloreó delicadamente sus finas facciones, que los treinta años habían empezado a demacrar, y sus ojos morunos se absorbieron en la contemplación del paisaje ponentino. La melancolía de la hora ritmaba secretamente con la melancolía de su alma.

Absorta en su triste meditación no sintió que a su espalda apareció un hombre, ligero y sutil como una sombra. Aquel hombre dió unos pasos con suavidad de felino y se detuvo vacilante. Estaba en el atardecer de la juventud y tenía en su rostro afeitado el gesto de cansancio del que recorrió muchos países sin encontrar en ellos ese algo misterioso que se persigue con afán sin saber a derechas en qué consiste; ese algo que presentimos ha de ser el complemento de nuestra existencia, y que a veces, a través del tiempo que vuela, cuanto más luchamos por alcanzarlo más parece alejarse de nosotros, o que cuando creemos atraparlo se deshace entre nuestras manos como una brillante pompa de jabón. El dedo

sobre los labios y la mirada escrutadora con que recorrió en torno la habitación denunciaban el temor que entrababa sus pasos. Vió sobre la mesa el libro abierto y andando de puntillas se llegó a él como atraído por una voz secreta que esperaba oír. Inclinado y tembloroso por una tiernísima emoción leyó rápidamente lo que la mujer había escrito poco antes.

Aquella página íntima decía así:

«Este tiempo de lluvias monótonas ha contribuido a agravar mi sensibilidad; con un sol alegre y un claro cielo azul yo habría sabido ser fuerte y olvi-

¿Necesita Ud. algún libro?

Pídamelo; si no lo tengo, se lo consigo.

Me hago cargo de toda clase de

**Agencias y Comisiones**

**ALBERTO CALDERON G.**

SAN JOSE — APARTADO 533

dar, olvidar para siempre. Pero condenada como estoy a vagar entre la casa como un fantasma, los recuerdos se han despertado para atormentarme. Los recuerdos nada más, porque de resto, al cabo de doce años de ausencia, ni yo soy la que antes era ni Carlos es el mozo galán que me juró una fe sincera en el divino tiempo en que floreció nuestra juventud. Los años empiezan a marchitarme y el espejo me lo repite todos los días con una servicia cruel; Carlos, en cambio, se conserva en pleno vigor, aunque a su juvenil hermosura la reemplaza ahora una mundana arrogancia de hombre que ha paladeado todas las mieles de la vida y aun tiene abiertos por delante los caminos del porvenir...

«¡Doce años! Vistos hacia atrás parece que volaron, y no fué así: su lentitud me anunció sin piedad cada minuto, cada hora, cada día, cada mes. Tuve esperanzas y las ví desaparecer. Y a la postre llegué a creer que olvidaría... ¿Pero olvidé en realidad? Sí, aunque fué un olvido pasajero. La música

distrajo mis ocios y una falsa pasión por el arte me permitió vivir como viven las mujeres que sufrieron un desengaño igual al mío. ¿No he cantado como una diva en conciertos para fines benéficos? Los hombres al verme habrán pensado lo que siempre piensan y dicen de nosotras. Sin embargo...

«El regreso de Carlos ha sido inesperado, sin anuncio ninguno, cuando menos lo pensábamos, y como miembro de la familia ha venido a nuestra casa. ¡Dios mío! Yo he podido caer presa de un síncope cuando me lo comunicaron. ¿Pero era verdad que el eterno ausente había regresado? Y he corrido a estrechar su mano como lo hicieron mis hermanas y mis primas, con el rostro animado por una alegría sincera, de amiga, de amiga nada más. Y Carlos tras de apretar mis manos entre las suyas, con el inocente cariño de un primo afectuoso, me dió además un abrazo. Luego hemos conversado muchas cosas, alegre él, alegre yo, como dos extraños, como si en el tiempo que pasó nuestros corazones no hubieran latido el uno para el otro. Hemos vuelto a ser indiferentes. ¡Han pasado doce años!

«No he querido que termine la tarde de este día sin llenar esta página. He tomado la pluma con una serenidad y una calma completas. La lluvia no cesaba de caer y antes de trazar el primer renglón he sentido una tristeza desconocida, profundísima, como si los hilos de agua me penetraran hasta el alma. Y es que han despertado mis recuerdos...»

Terminaba la lectura y no alzaba los ojos del papel. Ese algo misterioso que a través de tierras extrañas había perseguido con afán inexplicable, acababa de aparecer ante sus ojos con la suave luz de una estrella en el melancólico cielo de la noche; ese algo era el amor sincero que persistía a través del tiempo y lanzaba su caliente llamada para darle abrigo a su vida helada por el fastidio. Como cuando tenía veinte años su corazón empezó a latir apresurado.

—María...

Un leve grito de rubor obtuvo por toda respuesta y en el rosado rectángulo de luz que dibujaba la ventana vió las dos manos de la amada, amada dos veces y ahora con nuevo amor, que subían a ocultar su rostro. Corrió a su lado y llegó a tiempo para recibirla desmayada.

—María...

Y al tiempo de besarla murmuró con fervor:

—Nuestra felicidad empieza en este momento, pues hemos resistido triunfantes la dura prueba de la ausencia que es la generadora del olvido.

(El Gráfico, Bogotá).